

VII Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo A

Mt. 5, 38-48

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «Ustedes han oído que se dijo: *Ojo por ojo, diente por diente*; pero yo les digo que no hagan resistencia al hombre malo. Si alguno te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la izquierda; al que te quiera demandar en juicio para quitarte la túnica, cédele también el manto. Si alguno te obliga a caminar mil pasos en su servicio, camina con él dos mil. Al que te pide, dale; y al que quiere que le prestes, no le vuelvas la espalda.



Han oído ustedes que se se dijo: *Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo*; yo, en cambio, les digo: Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian y rueguen por los que los persiguen y calumnian, para que sean hijos de su Padre celestial, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y manda la lluvia sobre los justos y los injustos.

Porque si ustedes aman a los que los aman, ¿qué recompensa merecen? ¿No hacen eso mismo los publicanos? Y si saludan tan sólo a sus hermanos, ¿qué hacen de extraordinario? ¿No hacen eso mismo los paganos? Ustedes, pues, sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto».

RADICALIZAR NUESTRA RENUNCIA A LA VIOLENCIA

La liturgia de la palabra de la misa de este domingo séptimo del tiempo ordinario, pone ante nosotros uno de los pasajes más célebres del Evangelio. La ley nueva que hemos empezado a meditar desde el domingo pasado, contiene dos preceptos, que estaban presentes en la vida cotidiana de los israelitas: la ley del Talión y el rechazo de los enemigos.

La justicia aplicada a los extraños, a los rivales y a los enemigos, se había convertido en un procedimiento habitual que de alguna manera ponía orden entre los contendientes de cualquier asunto de convivencia social o negocio. En la realidad del Reino que se hace presente en Jesús, la justicia nueva tiene un horizonte todavía más amplio y perfecto. En el evangelio de hoy contemplamos nuevamente al Señor Jesús que citando el antiguo precepto, lo renueva con la luz de su enseñanza.

El precepto «No hagan resistencia al hombre malo», parecería darle ventaja a toda persona que conscientemente hace el mal. Sin embargo la lógica de su mandato va más allá; no se trata de pasar por alto la injusticia, sino de resolverla con actitudes nuevas de empatía, comprensión, compasión y perdón.

El precepto busca en el ejercicio de estas actitudes nuevas romper con el tan difundido y humano círculo vicioso de la violencia. Jesús conoce el corazón humano y su anhelo de gozar de paz y felicidad duraderas, y también conoce su enorme capacidad de hacer el bien.

Propone lo que para muchos parecería una utopía, una realidad alterna irrealizable, sin embargo lo que Jesús propone no es un camino de pasividad suicida que

de paso libre a la maldad, sino un verdadero y realizable camino de caridad operante y transformadora, que de como resultado la construcción cierta e irrefrenable del Reino de Dios en el mundo.

Este camino que inicia con gran fuerza en el ejemplo, que de palabra y obra el Señor nos da, responde a una vocación que todos poseemos y que está escondida en nuestro interior: la vocación a ser extraordinarios, a ser perfectos como Dios nuestro Padre es perfecto. No se trata de creer, que porque tenemos fe y nos hacemos llamar cristianos, nos situamos *de facto*, sobre todos los demás, ni que por ser parte de la Iglesia, poseemos un rango superior en una inadecuada escala de moralidad y buenas costumbres, no, se trata ante todo de que animados por el ejemplo de Cristo e impulsados por la fuerza del Espíritu, vivamos permanentemente empeñados en radicalizar nuestra renuncia a la violencia y a la enemistad, haciendo uso del recurso más perfecto que existe y que poseemos: el amor.

El mensaje del evangelio de este domingo es en definitiva un fuerte llamado a revisar nuestro corazón y a vaciarlo de todo aquello que de malo contiene, es un llamado a una vida nueva, libre de rencor, agresividad, venganza y amargura. Es un llamado a confiar totalmente en Dios y abandonarse en su misericordia y amor; es una atenta invitación a realizar lo humanamente irrealizable, a hacer presente su misericordia y compasión a través de nuestro honesto esfuerzo a favor de nuestro prójimo, aún y con aquel que nos agrede, nos persigue y nos odia.

Pidámosle a Dios nuestro Padre que nos ilumine con la gracia del Espíritu Santo, para que día con día vayamos creciendo en nuestro esfuerzo decidido por amar como Él ama y que ningún mal que padezcamos lo consideremos más grande que su amor, y así a ejemplo del Señor Jesús, podamos construir su Reino aquí en la tierra con acciones concretas de caridad y buenas obras.

¡Alabado sea el nombre de Jesús!

Pbro. Eliezer Israel Sandoval Espinoza

Arquidiócesis de Monterrey, México

Twitter: padre_eliezer